

COLECCIÓN ESTUDIOS DE LITERATURA

---

# ENFERMEDADES DE LA MODERNIDAD

## ENFERMEDADES DE LA MODERNIDAD

Andrea Kottow

---

Ediciones Universidad Alberto Hurtado  
Alameda 1869 – Santiago de Chile  
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726  
www.uahurtado.cl

---

Impreso en Santiago de Chile, por C y C impresores  
Agosto de 2022

**Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato ciego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.**

ISBN libro impreso: 978-956-357-391-6  
ISBN libro digital: 978-956-357-392-3

Coordinadora Colección Literatura  
María Teresa Johansson

Dirección editorial  
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva  
Beatriz García-Huidobro

Diseño interior  
Gloria Barrios A.

Diseño portada  
Francisca Toral R.

Imagen de portada: Adolfo Bimer, *Línea de sangre (30.09.19 / 04.10.19)*. Portaobjetos con muestras de sangre, acero inoxidable, 20 x 141 x 10 cm, 2019. Fotografía: Sergio Redruejo.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ENFERMEDADES  
DE LA MODERNIDAD



Andrea Kottow

**uah**/Ediciones  
Universidad Alberto Hurtado



## ÍNDICE

---

<i>Introducción. Deseo de modernidad</i> . . . . .	9
(Sin)sentidos de la locura . . . . .	31
Locura parlante . . . . .	31
Vicisitudes: <i>eros</i> y <i>polis</i> . . . . .	35
Cuerpos ventrílocuos . . . . .	45
¿Dónde están los padres de la patria? . . . . .	53
Escenas invertidas . . . . .	61
Primera escena . . . . .	65
Segunda escena/inversión de escena . . . . .	69
De la escena al caso . . . . .	71
Tercera escena: triángulo e histeria. . . . .	72
Tramas inmunitarias . . . . .	77
Crisis y compensación . . . . .	82
Una oligarquía en decadencia. . . . .	87
Etnia, ética y estética . . . . .	97
Cuerpos que pesan . . . . .	105
Demarcando lo común . . . . .	108
Ambivalencias de la modernidad . . . . .	115
<i>Epílogo</i> . . . . .	125
<i>Bibliografía</i> . . . . .	133



## INTRODUCCIÓN

### DESEO DE MODERNIDAD

---

La fascinación que emana de la enfermedad en cuanto tema de conversación y fuente de múltiples simbolizaciones tiene un alcance difícil de dimensionar. No solo pareciera haber pocos tópicos tan fecundos para alentar intercambios acerca de males sufridos –patologías propias y de otros, ahora y en el pasado–, sino que, asimismo, la problemática de la enfermedad forma parte central de la historia occidental desde sus mismos comienzos. De contenidos mutables y valoraciones diversas, salud y enfermedad se encuentran entre las parejas oposicionales más importantes dentro de nuestras coordenadas culturales.

Cuando, hace muchos años, comencé a trabajar sobre las representaciones y significaciones de salud y enfermedad en la literatura, no podía dejar de ver sus trayectorias por doquier. No parecía haber ninguna obra literaria que no incluyese escenas nucleares para el desarrollo de su trama, que no estuviera vinculada con el tema de la enfermedad. La literatura, así lo llegué a imaginar, no hablaba, en cierta medida, de otra cosa. Estaba leyendo con cierta obsesión toda la obra de Thomas Mann, sin duda, un autor para quien la enfermedad forma parte ineludible de toda su narrativa. Pero también sus contemporáneos, Hermann Broch y Robert Musil, cifran sus universos narrativos desde imaginarios que integran una reflexión acerca de “lo enfermo” y “lo saludable”. ¿Para qué hablar de Kafka y de los grandes clásicos modernos: Marcel Proust, James Joyce y Virginia Woolf? Y yéndose hacia atrás, al siglo XIX, uno se topa con Gustave Flaubert –¡qué grandiosa escena aquella en la que relata cómo el farmacéutico

Homais presiona a Charles Bovary para operar con convicción ilustrada el pie equino de Hipólito, quien queda sin poder caminar!—; con Charles Baudelaire y sus flores enfermizas; con Émile Zola y su novela experimental, inspirada en el médico Claude Bernard; con Oscar Wilde y los sueños oscuros del opio; Fiódor Dostoievski y las febriles energías criminales. ¿Y qué decir de todo el Romanticismo y su inclinación a observar en todo lo anómalo, mórbido y decadente una fuente de inspiración y creatividad? En fin, la lista podría llegar a ser larga y abrumadora, además de innecesaria. Lo que se me impuso, por tanto, es que la enfermedad—tema que me parecía menos obvio y más subterráneo que otros grandes tópicos del arte y de la literatura, como el amor, la sexualidad, el viaje y la muerte— forma parte fundamental de nuestra cultura, y que los términos “salud” y “enfermedad” tenían una presencia tan persistente como insistente, cuyas huellas me aprontaba a seguir. Por cierto, me encontré con muchos compañeros de rutas, de ayer y de hoy, de allá y de acá. Si bien la enfermedad parecía ser una problemática más desatendida en los estudios literarios que otras, descubrí hitos fundamentales que se volvieron mis libros de cabecera, entre otros, *La enfermedad y sus metáforas* de Susan Sontag, *Historia de la locura*, *Historia de la sexualidad* y *El nacimiento de la clínica* de Michel Foucault, *Lo normal y lo patológico* de Georges Canguilhem. Y, por supuesto, no me dejó de impresionar la importancia de dos grandes pensadores de la enfermedad, sin los cuales el siglo XX no sería lo que fue: Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud, cuyas obras formulan una “sospecha” acerca de la salud, que forma parte esencial de la crítica a las premisas modernas que marcan la entrada al nuevo siglo.

Desde ese momento —en 1997, cuando escribía mi tesis de magíster—, y hasta ahora, leo y reflexiono la literatura siempre con un ojo puesto en lo enfermo. Y sigo convencida que los vínculos entre literatura y enfermedad no son accidentales ni secundarios, sino que de un orden esencial.

Tan presentes como las parejas oposicionales de lo bueno y lo malo, la cultura y la naturaleza, el cuerpo y la mente, lo masculino y

lo femenino, etc., salud y enfermedad atraviesan una serie de prácticas, incluyendo el espacio literario. En las últimas décadas se ha ido desarrollando un creciente interés por parte de diversas disciplinas en torno a los términos de salud y enfermedad, entendiendo cómo estos trascienden el saber biomédico y haciendo hincapié en sus alcances discursivos, así como en su potencial metafórico. En una sociedad que proclama como uno de sus máximos bienes la salud y su preservación, la enfermedad se colma de significaciones valóricas, que acrecientan su potencial simbólico y aumentan su alcance performático. La literatura funciona como un entramado que liga y superpone significaciones provenientes de la medicina, la moral, la política y la economía, así como de la crítica cultural y social. Las significaciones que adopta la enfermedad en la literatura pueden articular un tipo de saber “patognóstico”, neologismo formulado por el crítico alemán Jochen Hörisch, un saber con y a través de la enfermedad: es decir, una gnoseología a partir de la patología, donde lógica del conocimiento y la lógica de la enfermedad se corresponden. El estudio de las constituciones simbólicas de salud y enfermedad tienen el potencial de aportar un saber estrechamente vinculado con la época en que estas significaciones son construidas, existiendo una importante relación entre enfermedad, época y crisis.

Será, sobre todo, a partir de la modernidad y el concomitante desarrollo de una sociedad burguesa secularizada y urbanizada, que salud y enfermedad denotan una extraordinaria presencia en textos políticos, filosóficos y literarios. Las exigencias productivas de la Revolución Industrial y el desarrollo de las estadísticas demográficas producen la imagen de la enfermedad a partir de lo que Foucault (2006) llama “una sustracción de fuerzas”. La medicina es llamada a adoptar la “función crucial de la higiene pública” (Foucault, 2006), que medicaliza a la población. Salud y enfermedad son determinados desde y hacia el cuerpo social, son estados de productividad o de estorbo al trabajo, y la medicina, en consecuencia, recibe el encargo de rescatar al trabajador recuperable, abandonando a quienes no son productivos. Es la época en que sociedad y Estado son entendidos

como cuerpo orgánico, cuyas necesidades se han de cubrir a costa de los individuos: “La medicina es un saber/poder que se aplica, a la vez, sobre el cuerpo y sobre la población, sobre el organismo y sobre los procesos biológicos; que va a tener, en consecuencia, efectos disciplinarios y regularizadores” (Foucault, 2006: 228). La “medicalización”, término que acuña Iván Illich en su obra señera *Némesis médica* (2010), describe los mecanismos a través de los cuales una gama cada vez más amplia de saberes, prácticas y discursos son considerados desde una visión política de la medicina y evaluados en una escala cuyos valores organizacionales son salud y enfermedad. Aspectos morales y estéticos, así como aspectos funcionales del cuerpo, se irán entretejiendo con una mirada de la medicina científico-natural que campea en el siglo XIX sobre diversos fenómenos sociales, como el movimiento higienista de la segunda mitad del siglo XIX, el intento de regulación del crecimiento de la población, como también de las tasas de natalidad y de mortalidad, y la sistematización de los programas de salud pública, donde se cruzan discurso político y administración del cuerpo.

Los procesos modernizadores, que implican transformaciones a nivel social, político, económico y cultural, conllevan una comprensión nueva del cuerpo humano, marcada por discursos racionalizadores y científicistas, que se impondrán con fuerza en el mundo occidental en el transcurso del siglo XIX. En Latinoamérica, el proceso modernizador está marcado por desfases, fragmentaciones y desigualdades, que han llevado a caracterizarlo como una “modernización periférica”, término utilizado tanto por la teórica argentina Beatriz Sarlo como por el chileno José Joaquín Brunner, señalando, así, la necesidad de una mirada diferenciada sobre un período de tiempo que abarca desde las primeras décadas del siglo XIX hasta los primeros decenios del siglo XX. La modernización se vincula en Chile, como en América Latina, en general, con una serie de cambios profundos que transforman solo paulatinamente y de manera no homogénea a las sociedades, incluyendo los procesos independentistas, la constitución de las naciones republicanas, los proyectos culturales que deben servir

a los nacientes países de sustrato ideológico-simbólico y la compleja entrada de las economías locales al capitalismo internacional. Bernardo Subercaseaux (2011/a), ha propuesto diferenciar “modernización” –en cuanto transformaciones objetivas a nivel económico, social y político–, “modernidad” –como la gran época y experiencia vital, marcada por una serie de contradicciones, de quienes vivencian estas transformaciones– y “modernismo”, que comprende las visiones e ideas que acompañan estos cambios. En el espacio nacional chileno se evidencian tensiones entre estos tres ámbitos, que sugieren una revisión desde distintas perspectivas de modernización y modernidad, para ir abriéndose a la complejidad que estos presentan.

Será a partir de mediados del siglo XIX, y en estrecha conjunción con los procesos modernizadores, que los discursos de corte biopolítico, fundamentados en una visión secularizada, liberal y positivista del ser humano, circularán entre la elite ilustrada en Chile. Representaciones del cuerpo humano, en cuanto fenómeno a ser controlado, regulado y funcionalizado con el fin de fundamentar una sociedad ilustrada y liberal, comienzan a poblar diversos discursos y prácticas sociales. Esta valoración de un cuerpo individual y colectivo sano, base para el proyecto modernizador –homogeneizante y racionalizador–, será cuestionado y criticado en discursos literarios que tematizan la enfermedad, convirtiéndola en metáfora para la problematización de los procesos modernizadores, evidenciando, de esta manera, sus contradicciones y fragmentaciones.

La literatura es entendida como práctica discursiva simbólica, siendo posible descubrir a través de ella la riqueza, la complejidad y las posibilidades que evidencian salud y enfermedad como tópico, problema, excusa y recurso para discutir una serie de temas que trascienden el concepto médico de los términos. Como ha planteado el historiador argentino Diego Armus (2005), que ha dedicado varias de sus obras al tema de la medicalización en Argentina y Latinoamérica: “Lo que [se] revela, una vez más, es la complejidad de las relaciones entre quienes quieren curar y quienes necesitan curarse y las variadas percepciones y recursos que circulan en torno de una enfermedad

y que exceden holgadamente el mundo de la medicina diplomada” (28). Salud y enfermedad sirven de vehículo para fundamentar el proyecto modernizador en Chile, pero a su vez serán utilizados como plataforma simbólica para cuestionar un proceso que se vive colmado de contradicciones, desigualdades e insuficiencias. Salud y enfermedad, necesariamente, aparecen entretejidos con otros términos valóricamente cifrados, las más de las veces jerárquicamente organizados, y acrecientan el potencial de la dicotomía para constituir significaciones a niveles estéticos, políticos y morales.

Lo que me he propuesto en este libro es pesquisar las representaciones y metaforizaciones de salud y enfermedad desplegadas en discursos literarios entre 1860 y 1920, con el fin de desentrañar cómo estos cifran determinados aspectos de los procesos modernizadores concomitantes, entendiendo, según la formulación de Julio Ramos (1989), que la literatura puede denotar los “desencuentros de la modernidad en América Latina”. Las obras literarias consideradas en este libro se analizan con el fin de estudiar los modos en que estas significan los términos de salud y enfermedad. A su vez se estudia el diálogo que estas establecen con otras prácticas simbólicas, como lo son la crítica cultural y social, para mostrar cómo las concepciones y representaciones de salud y enfermedad se generan, transmiten y proyectan discursivamente. Las preguntas que urden la trama de este libro son: ¿Cuáles son las imágenes, concepciones y metáforas de salud y enfermedad que aparecen en la literatura chilena entre 1860 y 1920? ¿Cómo se vinculan los discursos literarios con otros discursos sociales en lo que respecta a las constituciones de imágenes de salud y enfermedad? ¿Cómo se problematizan, en las simbolizaciones literarias de salud y enfermedad, ciertos aspectos del proceso modernizador?

La problemática de la enfermedad y sus representaciones literarias, así como las formas estéticas que encuentran lo saludable y lo morboso, tiene aristas múltiples, de las cuales he querido delinear algunas. La literatura chilena de la segunda mitad del siglo XIX y de comienzos del XX se muestra muy rica en imágenes de lo patológico, y he intentado

trazar una serie de coordenadas que me parecen fundamentales para pensarlas. Algunas de ellas dicen relación con el proyecto ilustrado de civilización y progreso, así como con las temáticas vinculadas a la higiene y al higienismo.

El advenimiento de la República implica en la naciente nación el gran proyecto de la civilización, entendiéndose por “civilizar”, desde las elites, la educación y la ordenación del pueblo, lo que a su vez irá aparejado con la eliminación de las actitudes individuales y colectivas indeseadas y consideradas inapropiadas. El proceso modernizador conlleva la racionalización de las prácticas y discursos estructurantes de lo social y cultural a múltiples niveles, incluyendo la comprensión del cuerpo humano. El sistema médico, el sistema legal, el sistema educativo, la urbanización y la organización del espacio muestran preocupaciones que giran en torno al ser humano en cuanto cuerpo a ser cuidado y reglamentado. El proyecto de la República comporta el movimiento higienista, el control y la administración del cuerpo individual y colectivo, y la medicalización de la sociedad. El historiador Álvaro Góngora reconoce que “estos conceptos fueron manifestación local de criterios emanados del racionalismo ilustrado europeo, más específicamente francés, empeñado en erradicar la tradición por “insalubre”” (213).

Los discursos higienistas, que atraviesan los discursos médicos, políticos y sociales, están posibilitados por el afianzamiento de una medicina de raigambre científica y de origen europea<sup>1</sup>. La práctica

---

<sup>1</sup> En su tesis doctoral dedicada a la tuberculosis en Chile, el historiador de la medicina, Marcelo López (2006), plantea acerca del higienismo que “la historiografía del higienismo que hemos conocido explícita que esta doctrina no necesariamente fue un cuerpo unitario de conocimientos. Las perspectivas higienistas comprendieron un espectro amplio que alcanzó desde el conjunto de normas que debían ponerse en práctica para alcanzar ciertos estándares de limpieza en los espacios públicos y privados, hasta los rasgos ideales que podían existir entre la conducta del individuo, la cultura y el medioambiente. Desde el plano de la salubridad, Caponi sostiene que ‘el ascenso higienista’ comenzó a fines del siglo XVIII a partir de las intervenciones urbanas que los gobiernos desarrollaron en Europa y América apoyados en la topografía médica, también conocida como geografía médica o medicina urbana como la designó Foucault” (65). La cita muestra que el fenómeno del higienismo abarca una serie de saberes y de prácticas, que se entreteje con la paulatina medicalización de la sociedad, que implica no solo una mirada sobre el espacio sino también sobre el cuerpo tanto individual como colectivo.

médica se formaliza e institucionaliza en el transcurso del siglo XIX, intentando apartar todo quehacer médico basado en la charlatanería, en la superstición o en creencias ancestrales. A partir de diversos mecanismos, el siglo XIX será el escenario de la instalación y legitimación social de una medicina moderna, entendida como experimental y eminentemente científica. Un referente importante en la historia de la medicina y de las instituciones médicas en Chile es la creación del Consejo Superior de Higiene Pública en 1889<sup>2</sup> y del Instituto de Higiene en 1892, primeras instituciones estatales en hacerse cargo centralmente de la salud de la población. La salud se transforma en una preocupación de primer orden para el Estado, que debe garantizar el exitoso funcionamiento de los procesos modernizadores y del desarrollo del capitalismo. Los temas que preocuparán a los diversos discursos estructurantes de la sociedad, que se comprende a sí misma como moderna, serán la densidad poblacional, la convivencia con los animales, el urbanismo y la erradicación de una serie de enfermedades, denominadas genéricamente “pestes”, entre las que se encuentran la viruela, el sarampión, la sífilis, la tuberculosis, el cólera, el tifus, la malaria y el mal de Chagas, frente a las cuales debe regularse la higiene y todo lo que la ciencia dictamina. La falta de condiciones higiénicas era considerada la causa número uno de las enfermedades que acechaban a la población, especialmente en las urbes que crecían con una rapidez inusitada en ese momento. Estas problemáticas marcarían los discursos sociales y políticos hasta bien entrado el siglo XX.

Acerca de la capital chilena en su centenario, Armando de Ramón (2007) señala:

---

<sup>2</sup> Es importante hacer notar que los procesos de medicalización que se producen en Chile en el siglo XIX y de la mano del asentamiento del Estado moderno son concomitantes con los mismos desarrollos en el resto de los países latinoamericanos. Así, en Argentina, primer país de la región en organizar una unidad a nivel estatal, crea su Departamento Nacional de Higiene en 1880, y en Brasil se da la creación de la Diretoria Geral de Saúde Pública, dependiente del Ministerio de Justicia y Negocios Interiores, en 1897. Al respecto, véase Carlos Molina Bustos (2010).

El gran problema de Santiago que afectaba seriamente a la calidad ambiental era su deplorable estado higiénico, lo que llevó a que un periódico llegara a decir en 1910 que “no creemos que exista hoy en el mundo una aglomeración humana que se halle en condiciones más horribles que las que hoy atraviesa la capital de Chile” (170).

En *El cuerpo como máquina* (2013), Nicolás Fuster, de la mano de autores como Michel Foucault, plantea el higienismo como una “tecnología del poder” que se inscribe en los cuerpos, involucrando diversos y heterogéneos ámbitos del sujeto y de la comunidad: “Como tecnología del poder, la higiene pública buscó intervenir en las principales variables que determinaban la calidad de los espacios y, por ende, en la administración de la salud de la población” (96). En el estudio que Diego Armus, por su lado, dedica a la tuberculosis en Buenos Aires, denominado significativamente *La ciudad impura*, se condensan las problemáticas que atraviesan el fenómeno del higienismo, que abarca miradas sobre los cuerpos individuales, visiones sobre la población comprendida como cuerpo colectivo, la distribución de los cuerpos en el espacio, perspectivas urbanísticas y aspectos vinculados a la biomedicina en un sentido más estrecho. Sobre los complejos procesos que marcan a la capital argentina entre los años 1870 y 1950, señala Armus (2007):

Allí están, entonces, las tensiones entre la ciudad imaginada y la ciudad que estaba constituyéndose, las rutinas laborales vinculadas a una limitada industrialización, el veloz crecimiento demográfico y sus consecuencias en el problema de la vivienda, los equipamientos urbanos y las condiciones materiales de vida de la gente, el proceso de progresiva ampliación de contenidos y beneficios de la ciudadanía social, las preocupaciones por las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, los esfuerzos por construir la “raza nacional”. Y también, y en el marco de una vida en la ciudad cada vez más medicalizada, los temores al contagio, la entrada del Estado

en la esfera personal, los empeños de atención, regulación y moralización de las masas urbanas, la sociabilidad, el sexo, los hábitos cotidianos, la vida familiar (16).

El camino hacia el progreso, emprendido por el Chile ilustrado de la elite liberal, no muy distinto al que siguiera la ciudad de Buenos Aires descrita por Diego Armus, concibe las distintas prácticas sociales y áreas del saber como interdependientes y correspondientes, en la medida que alcanzar la emancipación en una actividad significa, a su vez, alcanzarla también en otras, concepción dominante en el territorio nacional en el transcurso del siglo XIX<sup>3</sup>.

Esta visión se hace presente de modo paradigmático en intelectuales como José Victorino Lastarria o Alberto Blest Gana, quienes entienden la literatura como parte fundamental de la fundación de la naciente nación moderna (Osorio, 2000). Fundar la nación y fundar una literatura nacional se presentan como un proyecto conjunto: los modelos realistas sirven de ejemplo para llegar a constituir una literatura que apoye los cambios sociales, políticos y culturales que se pretenden (Sommer, 2004). Lastarria (1842), en su *Discurso de incorporación*, plantea: “[...] nosotros debemos pensar en sacrificarnos por la utilidad de la patria” (82). Sin embargo, puede observarse ya en Lastarria y Blest Gana ciertos cuestionamientos del mismo proyecto civilizador que defienden y fundamentan literariamente. En *Diario de una loca* (1885), escrito a modo de diario íntimo de una mujer que ha perdido el juicio, Lastarria hace comparecer una concepción romántica de la enfermedad, en que la locura de la protagonista es

---

<sup>3</sup> Como postulan la historiadora de la medicina Claudia Araya y los historiadores de la medicina César Leyton y Marcelo Sánchez en su introducción al libro colectivo *República de la salud. Fundación y ruinas de un país sanitario. Chile siglos XIX y XX*: “La organización de la medicina en Chile se dio en el contexto del proceso de consolidación de la República y el debate respecto a quienes debían formar parte de la nación y ejercer como ciudadanos. Las tempranas ideas ilustradas de la elite política chilena –liberal y conservadora– promovieron un proyecto republicano moderno vinculado a una idea de progreso que seguía el modelo europeo” (2016: 10). Este postulado, que entreteteje el proyecto ilustrado a la modernización, a la medicalización y a la preocupación por la higiene y la salud, muestra cómo la medicina se intrinca de forma estrecha con un cierto ideal de comunidad y ciudadanía.

resultado de su pasión, mientras que la razón sería la normalización y normativización de los sentimientos fuertes. La protagonista es “castigada”, cayendo en un delirio por su exceso pasional, ajeno a la predominante visión de la racionalidad masculina, la cual es tratada con una mirada crítica en la obra. A su vez, el personaje de Matías Cortaza, marido de la dominante Manuela Estero en *El loco Estero* ([1909] 1989) de Blest Gana, es un típico neurasténico finisecular –débil y subyugado– pero, a la vez, artísticamente refinado, sensible y claramente portador de las simpatías del narrador. La enfermedad, en los dos casos literarios, más bien funcionaría como plataforma desde la cual cuestionar los valores que subyacen al mismo proyecto civilizador y racionalista que ambos autores defendieron en otras instancias. En *Martín Rivas* (1862) de Blest Gana –*Novela de costumbres políticos-sociales*–, el narrador señala acerca de don Dámaso su “[...] constante preocupación por la higiene, con la que pretendía conservar su salud, y entregarse con entera libertad de espíritu a las ideas de política que [...] inflamaban el patriotismo de este capitalista” (19). Don Dámaso es un personaje que cambia de color político según el ánimo con el que despierta, siendo ridiculizado y tachado de irresponsable por el narrador, quien además ironiza sobre el higienismo que este defiende. Si bien Blest Gana fue defensor explícito de la necesaria modernización de Chile, de su ilustración y racionalización, la higiene, como parte fundamental de tal proyecto, recibe un trato irrisorio en su novela. Este ejemplo muestra cómo la pesquisa y el análisis de las formas en que las conceptualizaciones de salud y enfermedad entran a formar parte del sistema simbólico de la literatura nacional puede resaltar ciertas contradicciones que el proyecto modernizador evidencia en Chile.

La salud, en cuanto bien buscado para la constitución y preservación de la norma social, implica un proyecto homogeneizante y estandarizado para la regulación de la vida, así como para las prácticas que la fundamentan. De tal manera, el término salud funciona simbólicamente como la encarnación de la norma y la normalidad, mientras que la enfermedad se instituye como problematización de

esta misma homogeneización. A fines del siglo XIX, los discursos modernizadores entrarán en contradicción con una crisis cultural, que se hace cada vez más visible, que halla su expresión en la corriente estética del modernismo, que pondrá en entredicho los ideales de razón y progreso, disputando los discursos teleológicos y utópicos de una sociedad moderna, e insistiendo, a su vez, en la autonomía del arte y de la literatura. El modernismo muestra un gusto por el exotismo y por situaciones límites, indaga en lo morboso y lo excelso, poniendo en crisis los valores de salud y masculinidad positivistas que apoyan los discursos modernizadores, implicando “una crítica, expresa o tácita, a la nueva sociedad burguesa creadora del universo contemporáneo” (Rama, 1970: XVII).

En el cuento “El palacio del sol”, comprendido en *Azul* ([1888] 1990) de Rubén Darío, obra publicada en Chile, el narrador cuestiona las terapias propuestas por la medicina moderna, dado que no son capaces de curar a las niñas enfermas, porque la crisis que padecen implica una patología situada en las coordenadas culturales mismas y no en los cuerpos sufrientes.

Las obras narrativas de Pedro Balmaceda y Emilio Rodríguez Mendoza son paradigmáticas para esta estética antirracionalista y antipositivista. Paulo, el protagonista de *Última esperanza* ([1889]1905) de Rodríguez Mendoza, es un enfermo de cuerpo y alma, no pudiendo distinguirse si la enfermedad es producto de su carácter retraído e hipersensible o viceversa. La novela de Rodríguez Mendoza se colma de tópicos de la *décadence*, y la enfermedad es un tema central a partir del cual se cuestiona una visión racionalizada y progresista de la sociedad, que no se hace eco de las finuras del alma que la morbidez sí percibe. Así, salud y enfermedad entran en un sistema de correspondencias con términos como norma y excentricidad, homogeneización y heterogeneidad, normalidad y locura, que pueden visualizar los modos contradictorios que revisten modernidad y modernización en Chile.

Por otro lado, existe una estrecha relación histórica en los cruces discursivos entre salud y enfermedad, por un lado, masculinidad

y femineidad, por el otro. El cuerpo femenino es imaginado en la tradición occidental como especialmente vulnerable y cercano a la enfermedad, mientras que el cuerpo masculino representa la norma corpórea subordinada a la razón<sup>4</sup>. Hablar de salud, vigor, masculinidad, entendidos en múltiples niveles, incluyendo tanto el cuerpo individual como el colectivo, y trasponiendo, a su vez, la noción de cuerpo a otras áreas, como podría ser el de la literatura entendida como organismo, son conceptos que forman parte de las prácticas discursivas de fines del siglo XIX y XX en las letras chilenas<sup>5</sup>.

Juan Varela dijo de las novelas modernistas que estaban contaminadas con “el microbio pesimista y las palpitaciones epilépticas del siglo agonizante” (citado en Subercaseaux, 2011b: 139), lo que, según su juicio, hace visible la relación de la metáfora patologizante con la estética. La presencia e importancia de un lenguaje metafórico basado en los conceptos de salud, enfermedad y corporeidad se hace evidente en el prólogo de Julio Molina Núñez a la antología poética

---

<sup>4</sup> Los vínculos entre ciencia médica, estética y género sexual son complejos y requerirían de una discusión que en el marco de este trabajo solo puede darse tangencialmente. El historiador y sexólogo norteamericano Thomas Laqueur ha dedicado varios de sus trabajos a indagar en posibles cruces. En su señero estudio *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud* (1990) analiza diversas representaciones que del sexo se han hecho, desde dibujos anatómicos a descripciones médicas. Una constante que Laqueur descubre en su investigación es que el sexo femenino ha sido imaginado en los discursos (pre-)científicos como una desviación del sexo masculino, que sirve de modelo para el sexo “normal”. Así, el sexo femenino se presenta desde un rasgo de anomalía o incluso patología como un sexo atrofiado o desviado.

<sup>5</sup> Habría que agregar a este panorama el hecho de que, para el momento que nos preocupa, el fin de siglo XIX y comienzos del XX, la profesión e institucionalidad médica, desde las cuales se clasifica la salud y la enfermedad de los pacientes, está en manos de hombres. El modelo del médico hombre que diagnostica a la mujer enferma puede ser leído como una de las tantas aristas que el saber/poder patriarcal evidencia. Los casos clínicos de Freud y el modelo patológico de la histeria pueden servir de claro ejemplo para esta desigual relación de fuerzas. Soledad Zárate (2007) plantea: “Para el caso chileno, la asociación entre género y ciencia es un tema incipiente, pero potencialmente de gran interés para la historiografía local” (90), para luego agregar: “Evidentemente, la excepción al ideal del hombre científico y del médico en Chile fue parte de la norma y para entender el grado de su hegemonía social es revelador conocer las reacciones que generaron los casos en que aquella hegemonía fue desafiada. La presencia femenina en la práctica médica en Chile, como en otros estudios universitarios, fue una acotada excepción durante el siglo XIX, porque ‘velado estaba a la mujer chilena franquear el umbral sagrado del augusto templo de las ciencias’ como lo afirmaba la propia Eloísa Díaz en la introducción de su tesis publicada en 1887” (92). Eloísa Díaz fue la primera mujer en Chile que se graduó como médica y se especializó en obstetricia.

*Selva Lirica* (1917), donde se habla del “aspecto morboso o degenerado del arte moderno” (XII), así como de la necesidad de “evitar los arrestos presuntuosos, morbosos y degenerativos” (XV- XVI), en aras de la constitución de una literatura “vigorosa”. Si bien masculinidad y femineidad no constituyen términos empleados en estos juicios, se subentiende que existiría el modelo de una literatura fuerte, sana, vigorosa y eminentemente masculina.

En *Juana Lucero* ([1902] 1996) de Augusto D’Halmar, la locura que acaba con el personaje femenino adopta claros signos histéricos, terminando la novela con la imagen de un cuerpo convulsionado por el delirio, que evidencia explícitos lazos intertextuales con *Naná* de Zola, cuyo cuerpo virulento cierra la obra del naturalista francés, al vincular enfermedad y femineidad. En el “espiritualismo de vanguardia” (Subercaseaux, 2011b), en el cual se inscribe gran parte de la obra de Inés Echeverría (*Iris*), se postula una fusión de la sensibilidad artística, la finura del alma y la femineidad, en contraposición a una razón masculina, práctica y mundana. Se sitúa el refinamiento artístico en la mujer, confrontándolo a la valoración de una salud masculina. En esta literatura femenina, que se encuentra en un proceso de incipiente exploración a comienzos del siglo XX, se reflexiona acerca de los procesos modernizadores, poniendo en juego otras conceptualizaciones y terminologías, que pasan por problematizar la visión homogeneizante de una salud plena.

Alrededor del cambio de siglo, y en concordancia con un pensamiento social-darwinista e ilustrado-positivista, se genera una importante discusión en torno al tema de la “raza”, la “identidad chilena” y la “integración de la nación”, que incluye reflexiones sobre el sustrato indígena de la población chilena, el tópico del “blanqueamiento”, así como las problemáticas de la herencia y el entorno, retomados a su vez por la corriente naturalista. El historiador Marcelo Sánchez se ha dedicado al estudio de los discursos y la puesta en práctica de las nociones eugenésicas que se importan en Chile con gran entusiasmo desde Europa a fines del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX. Estas forman parte de un arsenal de ideas convocadas

a imaginar y trazar un Chile moderno, orientado en la ciencia y no en la superstición, que debe posibilitar una nación saludable y próspera. Al respecto, Sánchez (2014) postula:

Como propuesta médico social preocupada por el control y selección en el proceso reproductivo humano, la eugenesia era sostenida como parte de una solución moderna y de vanguardia científica frente al panorama de la degeneración biológica y moral que, en el diagnóstico eugénico, presentaban los “no aptos” y “disgénicos” de todo tipo: inmigrantes, criminales, alcohólicos, tuberculosos, sifilíticos, enfermos mentales, portadores de taras hereditarias y los pobres en general (60).

Sin embargo, y esto lo evidencia Sánchez a partir de una serie de ejemplos de pensadores chilenos eugenésicos, se producen cruces entre estas “vanguardias científicas” y tendencias ancladas en discursos vinculados a lo religioso o a ponderaciones más ancestrales. Hay que diferenciar entre los deseos de modernidad y los imaginarios que aparecen como supuestas garantías para alcanzar el anhelado progreso y las formas concretas en que efectivamente se terminan por articular en el espacio del Chile del cambio de siglo. En este libro, como en los análisis que lo componen, prestaremos especial atención a los cruces, tensiones y contradicciones que emergen cuando diversas ideas, provenientes de distintos trasfondos culturales y de realidades heterogéneas, confluyen.

Se publican textos como *Raza chilena* ([1904] 1988) de Nicolás Palacios, orientado en la eugenesia en boga. Palacios mezcla y superpone en su obra diversas ideas, extraídas de tradiciones de saberes diversas, con el fin de hacerlas encajar en lo que él quiere proponer: el paradigma de la raza chilena como una raza superior, constituida por el sustrato étnico de los indígenas del territorio chileno, particularmente los mapuches, y los grupos de inmigrantes y colonos, especialmente los alemanes, llegados a las tierras locales. El éxito de la mirada eugenésica no solo para comprender de forma biologizada a la población de un territorio, sino también como una forma de

salvación posible, un camino de salida que puede enmendar la crisis que se diagnostica, se explica, en parte al menos, por el privilegiado lugar que llega a ocupar la medicina en esta época. La eugenesia permea también el espacio literario: la visión naturalista –guiada por conceptos tales como herencia y determinismo del entorno– puede rastrearse en la novela *Casa grande* ([1908] 1993) de Luis Orrego Luco, donde la locura de Ángel Heredia es el legado del alcoholismo y de las extravagancias de su abuelo, sirviendo al mismo tiempo como plataforma para criticar la decadencia de la sociedad frívola de la época, cuyo único motor de interés parece ser el dinero y el placer superficial.

En *El roto* ([1920] 2019) de Joaquín Edwards Bello, el periodista Lux es defensor de las ideas social-darwinistas de moda, sobre las que basa sus intentos de salvación de Esmeraldo, quien, a su vez, es representante de la “raza” del “roto chileno”. Las conceptualizaciones de salud y enfermedad entran en un importante entrecruce terminológico en torno a las de “raza” y “herencia”, que recogen discusiones relevantes para la época, con las que se reflexiona y especula acerca de la conformación de la sociedad chilena, su pasado, presente y futuro. A fines del siglo XIX se hacen numerosas y audibles las voces que acusan al cuerpo social de desigual e injusto, insistiendo en las “lacras sociales” y los vicios concomitantes, como la prostitución, el alcoholismo, la miseria en los arrabales, la situación del “roto”, centrando el debate en la “cuestión social”, planteada por Augusto Orrego Luco (1884) en su texto homónimo.

En las letras surge una postura crítica frente al modernismo y a la estética afrancesada que se le atribuye, canalizándose en una literatura de corte nacionalista que pretende hacerse cargo de los problemas que azotan efectivamente el país, plasmándose en una estética identificada como naturalista y realista. Surge el realismo social de literatos como Baldomero Lillo, donde la enfermedad del obrero y del minero se convierte en acusación de la injusticia y desigualdad social, delatando las miserables condiciones de vida de los pobres, haciendo eco de la “cuestión social”. Cuerpo individual y cuerpo de

clase se corresponden, lo que se muestra en una naciente conciencia de clase del proletariado (Concha, 2011). A su vez, aparece una literatura urbana centrada en las problemáticas de modernización y urbanización, como *Juana Lucero* o *El roto*, donde el tópico de la enfermedad se relaciona con la injusticia social y la pobreza. El cuerpo y sus realidades, sus patologías y dolores, aparecen como escenario idóneo para muchas obras escritas dentro de estas tendencias estéticas para denunciar exclusiones de clase, mostrar realidades populares, marcar desigualdades sociales, generando una notoria influencia mutua entre literatura y medicina.

En *El nacimiento de la clínica* (1966), Foucault muestra cómo se produce en el siglo XIX la espacialización de la enfermedad en múltiples niveles, constituyéndose un sistema biopolítico a partir del cual los intereses productivos del Estado deciden la supervivencia y el cuidado médico de un grupo y la exclusión de elementos indeseados. La unidad de la mirada médica está constituida ahora no por su reducción a un área determinada, sino por su carácter abierto e ilimitado que abarca una totalidad: espacio médico y espacio social se fusionan, se entrecruzan, se penetran mutuamente. La medicina deja de ser un conjunto de técnicas terapéuticas y de los saberes necesarios con relación a ellas, convirtiéndose en un reconocimiento del ser humano sano, en cuanto que productivo y como tal, definido en términos político-económicos. La medicina es puesta al servicio de intereses sociales y políticos, dando nacimiento a una vigorosa salud pública. Estos procesos son los que marcan la estrecha relación entre los discursos y prácticas médicas, por un lado, y la normalización y normatividad del cuerpo social, por otro. Este enfoque sirve de hilo rojo que atraviesa los distintos capítulos de este libro, y acentúa el hecho de que el período de interés está colmado de discursos biopolíticos orientados en la importancia de la salud, lo que a su vez condiciona la centralidad del tópico de la enfermedad como núcleo crítico.

Quisiera hacer dos aclaraciones con relación a la selección de textos que en este libro se abordan. La primera aclaración trata sobre

el criterio de elección, que busca expresar un carácter más teórico que panorámico. Es decir, el interés del libro no radica tanto en comentar muchas obras que hablen de enfermedad, sino más bien en cristalizar ciertas propuestas de lectura de las diversas problemáticas vinculadas con la aparición de la enfermedad en las obras. Así, los textos comentados podrían servir de paradigma de lectura con el que analizar también otras obras. En ningún caso, por lo tanto, esta pretende exhaustividad, sino más bien enfocarse en nodos teóricos que ayuden a pensar las articulaciones de lo “enfermo” y lo “sano” en los textos del período 1860-1920.

La segunda aclaración se vuelve urgente en relación con los tiempos que, a buena hora, corren: no he incluido ninguna mujer como corpus primario en mi análisis. Y no porque sus obras me parezcan de menor importancia o de calidad literaria inferior. Más bien se trata de un asunto de cierta necesidad teórica, puesto que una de las premisas que mueven este trabajo consiste en pensar en la horadación del proyecto moderno por sus mismos protagonistas y actores. Es decir, la sospecha de que todo el sueño moderno nació trunco en estos parajes tan alejados de las condiciones materiales que hicieron posible su advenimiento y auge en sus lugares de origen. Y de que resulta interesante ver cómo los mismos sostenedores y defensores del proyecto moderno caen en contradicciones acerca de su implementación, o incluso en desconfianza con sus mismas premisas. A esto se debe la preferencia en incluir en este libro a autores como Lastarria y Blest Gana, ilustrados convencidos que, no obstante, contradicen sus convicciones con figuras que se escabullen de los mandatos de la higiene y el iluminismo. Casi todos los autores convocados son a la vez clásicos y emblemáticos del canon literario chileno. Precisamente se trata de leerlos un poco a contrapelo o rescatar de ellos obras menos conocidas, o bien fijar la mirada en aspectos que podrían parecer secundarios. En este sentido, este libro también extiende una invitación a releer obras de carácter canónico a partir de otras premisas de lectura, menos presentes en los caminos críticos ya pavimentados. Como las escritoras mujeres siempre han ocupado un

lugar marginal con relación al canon, debido a su lenta y dificultosa entrada al espacio literario y a una consideración seria por parte de la crítica académica, me parecía que leerlas desde lo “enfermo” resultaba algo redundante. Los vínculos entre femineidad y enfermedad, como lo he mencionado líneas atrás, forman un núcleo de una presencia ineludible en la cultura occidental, paradigmáticamente cifrada en la palabra *hysteros*, proveniente de la palabra griega para “útero”, y a la cual se remonta la patología femenina por excelencia: la histeria. La mujer se ha pensado desde siempre como un ser más ligado al cuerpo y sus vulnerabilidades, es decir, más cercana a la enfermedad tanto física como psíquica. Y muchas de las obras comentadas en este libro dan cuenta de este aspecto. Pero en el criterio de selección he preferido dejar de lado a las mismas escritoras, pues ellas formulan con mayor conciencia y más tempranamente una crítica a lo moderno como ideal a perseguir a toda costa, pues se encontraban marginadas tanto de su formulación como de su implementación. Entonces, de alguna forma, es la modernidad mordiendo su propia cola la que me interesa pesquisar.

Las enfermedades de la modernidad son tanto las enfermedades que surgen en la modernidad como las que esta padece. Una modernidad que nace conflictuada y cuyas tensiones se expresan en imágenes y en una terminología que convoca lo enfermo y lo sano. Una modernidad a la que, en sí, le gustaría fuerza, vigor y salud, pero que con esas consignas no parece hacer sino otra cosa que esconder sus fragilidades y vulnerabilidades.

Los capítulos que componen este libro proponen diversos escenarios que articulan un análisis de los significados que adopta el tópico de la enfermedad en la literatura chilena escrita entre 1860 y 1920. En cada capítulo lo que se procura no es solo la revisión de un conjunto de obras literarias en los cuales aparece la problemática de la enfermedad en sus distintas facetas, sino que, al mismo tiempo, la configuración de un panorama de los discursos médicos más relevantes de la época. La importancia que reviste este planteamiento se halla en el hecho de que trasciende el ámbito especializado de la

medicina, marcando las formas en que se comprende el sujeto, la sociedad, las relaciones entre lo individual y lo colectivo, los imaginarios comunitarios, etc. Los movimientos que trato de seguir van desde la literatura a los saberes de la medicina y viceversa, del ámbito médico al literario, considerando los campos culturales y estéticos que los engloban. El libro comienza con un primer tema, el de la locura, observado en varias novelas, con relación al cual se proponen vínculos con el diagnóstico de la histeria, presente en la incipiente historia de la psiquiatría en Chile desde mediados del siglo XIX. El segundo tema es el movimiento del modernismo literario, comprendido como un momento particularmente interesante para indagar en el cuestionamiento que, desde el ámbito estético, se realiza a la creciente medicalización de la sociedad. El modernismo y sus premisas aparecerían como una especie de contracara a las aspiraciones de salud y bienestar que debe garantizar la óptica médica sobre cada vez más fenómenos y ámbitos de la vida humana. Un tercer tema está dado por los discursos eugenésicos y su afán de salvar una sociedad entendida como una población orgánica que, para su supervivencia, debe gozar de salud biológica. Y el cuarto tema se organiza en torno a la “cuestión social”, cuyo fundamento se encuentra en el diagnóstico de una sociedad enferma de su propia desigualdad y, por esta misma razón, condenada al hundimiento, volcándose con especial ahínco sobre las enfermedades infecciosas, por un lado y a las así llamadas enfermedades sociales, por otro.

El primer capítulo, “(Sin)sentidos de la locura”, revisa cuatro novelas escritas entre 1863 y 1909, que vehiculizan simbólicamente el tema de la locura: *Marilúan* (1862) de Alberto Blest Gana, *Diario de una loca* ([1875] 1885) de José Victorino Lastarria, *Juana Lucero* (1902) de Augusto D’Halmar y *El loco Estero* (1909) del mismo Blest Gana. La locura, es decir la sinrazón, ofrece una resistencia al proyecto moderno defendido por los romances nacionales. Esta obstinación es entendida como síntoma que el cuerpo nacional evidenciaría y que hace posible leer la locura metonímicamente, desplazándose del sujeto hacia la razón. La locura del personaje, entonces, ocuparía

el lugar de un quiebre de la razón nacional que, a su vez, debe ser puesto en relación con una problemática asunción de los principios modernos, tan caros a la elite ilustrada del XIX. La modernidad, desde esta perspectiva, aparece como experiencia contradictoria, o incluso como una experiencia de lo contradictorio, manifiesta, a su vez, en una literatura comprendida como continente de sus contradicciones, exhibidas en forma acentuada en un espacio periférico a la promulgación de las premisas modernas y a las realidades materiales que las sustentan.

“Escenas invertidas”, segundo capítulo de este libro, se centra en una de las pocas novelas propiamente modernistas que existen en la literatura chilena de fines de siglo XIX. Siendo el modernismo un movimiento que se muestra con mayor claridad en la poesía, *Última esperanza* ([1899] 1905) novela, escrita por Emilio Rodríguez Mendoza, en muchos sentidos es una especie de panfleto decadentista: centrada en un personaje principal, enfermo y exquisito, involucrado en un triángulo amoroso de imposible resolución, la novela desprecia la banalidad de una visión de mundo saludable, orientada hacia el progreso y el bienestar, para ensalzar en su lugar las finuras de la morbidez y decadencia. La obra de Rodríguez Mendoza renuncia al ideal ilustrado y republicano, que busca asegurar la (sobre)vida de una nación en búsqueda de su destino, para soslayarse en imágenes que encuentran en la caída, la artificiosidad y la muerte el máximo placer estético. El ideal moderno deja de ser una promesa de futuro deseable y es abandonado por sostenerse en premisas burdas y poco interesantes. La novela revive la manera romántica de vincular la salud a una burguesía banal y la enfermedad a una sensibilidad artística superior.

El siguiente capítulo, titulado “Tramas inmunitarias”, explora *Raza chilena* de Nicolás Palacios, de 1904, y *Casa grande* de Luis Orrego Luco, de 1908, desde el horizonte de la crisis cultural vivida a comienzos del siglo XX en Chile, proponiendo que los dos textos articularían una voluntad inmunitaria destinada a salvaguardar el organismo nacional bajo amenaza. Este peligro, al que las dos obras

intentan hacer frente a partir de un diagnóstico y una terapia organizados en torno a mecanismos que son identificados como propios de la biopolítica moderna, sería otro síntoma de las contradictorias maneras en que se experimenta la modernidad en Chile. El proyecto de nación, formulado y defendido por la elite ilustrada, es revisitado en forma crítica por ambos autores, poniéndose en juego nuevas terminologías y conceptualizaciones en pos de posibilitar la supervivencia de la comunidad. En ambos textos no hay renuncia al ideal comunitario de la nación, sino el eferescente intento de buscar las maneras de lograr su supervivencia. Esta solo es posible a partir de lo que Roberto Esposito describe como lógica inmunitaria, que implica sacrificar algo de la propia salud en busca de la sobrevivencia, es decir, una salud superior, una salud de lo común.

En el capítulo “Cuerpos que pesan” se estudia una serie de textos escritos en las primeras décadas del siglo XX, donde varios discursos articulan una crítica social y política dirigida a reformular la comunidad nacional chilena. Esta es percibida como una comunidad elitista y excluyente, que genera, en consecuencia, un resto inadmitido de pobres y enfermos. Lo que se quiere mostrar en este capítulo son las maneras en que algunas obras de comienzos del siglo XX configuran sus reivindicaciones sociales impulsando una discusión en torno a la comunidad mediante imágenes de aristas biopolíticas. A partir de los conceptos griegos de *bíos* y *zoé*, retomados en forma central por los debates biopolíticos contemporáneos, se indaga en las formas en que se plantea la necesidad de revisar las incisiones biopolíticas ejercidas sobre el cuerpo. Al mismo tiempo, se evidencian las contradicciones y tensiones que ostentan estos cambios en la concepción de la comunidad humana, nacional y ciudadana, mostrando, de este modo, las dificultosas maneras que adquiere la asunción de la modernidad en estas coordenadas.